

# El historiador filósofo

Álvaro Matute

## I

"M"arcel Bataillon —recuerda Walter Mignolo— se refirió a Edmundo O’Gorman, de una manera poco cordial, llamándolo el historiador filósofo. Tomo el apodo como un elogio”.<sup>1</sup> De no haber premura en la preparación de estas páginas, podría haber intentado un recuento de las veces que el autor de *Erasmus y España* se refiere a O’Gorman de esa manera o llamándole también “el filósofo existencialista”.<sup>2</sup> Desde el ángulo positivo, agrega Mignolo:

Sólo un historiador filósofo, muy consciente de los problemas hermenéuticos que presenta toda interpretación, pudo haber pensado y concluido que aquellos textos agrupados bajo el nombre de “historias de Indias” fueron insuficientemente estudiados.<sup>3</sup>

Continúo con otra cita del mismo trabajo de Mignolo:

Situemos brevemente el alcance del programa de O’Gorman. Sus palabras se escriben durante una época en que la hermenéutica mantiene el principio de que todo acto interpretativo es la interpretación de las intenciones del autor. Con Gadamer hemos aprendido a concebir al autor

<sup>1</sup> Walter Mignolo, “La historia de la escritura y la escritura de la historia” en *Textos, modelos y metáforas*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 1984, p. 197.

<sup>2</sup> Marcel Bataillon y Edmundo O’Gorman, *Dos concepciones de la tarea histórica, con motivo de la idea del descubrimiento de América*. México, Imprenta Universitaria, 1955, p. 15-56.

<sup>3</sup> Cf. W. Mignolo, *op. cit.*

como un mero *agente* de fuerzas históricas y epistemológicas que lo sobrepasan. En otras palabras, todo acto de producción de sentido por medio de textos involucra la acción de un ser humano, un individuo que se inscribe en un *sujeto* epistemológico. El sentido de un texto filosófico o historiográfico es, sin duda, el producto de un autor, de un individuo, de un agente. Pero es igualmente el producto de una tradición, de una disciplina, de estructuras conceptuales a las cuales el texto se pliega o se aparta, y que sobrepasan las fronteras del individuo [...] <sup>4</sup>

El reconocimiento que le profesa a O’Gorman alguien que no recibió su enseñanza directa es una muestra de los alcances de la obra de don Edmundo no sólo en el terreno de la historia, sino también en la semiología. En efecto, la obra del historiador-filósofo, en el buen sentido de las palabras, ha cobrado una actualidad sorprendente, después de haber sido vista como una suerte de capricho a la mexicana. Nada más erróneo que suponer eso. La universalidad y actualidad del pensamiento de O’Gorman se han reforzado notablemente en los tiempos que corren.

La alusión a Gadamer no es gratuita. Finalmente, tanto él, como en su tiempo O’Gorman, como Paul Ricoeur, son tributarios de Heidegger. La importación de la obra del existencialista alemán por parte de José Gaos a las aulas de nuestra Facultad de Filosofía y Letras resultaron de una trascendencia inusitada para la historiografía. La obra completa de O’Gorman da testimonio de ello.

## II

Ya en uno de sus primeros trabajos <sup>5</sup> don Edmundo cita a Rickert y a Raymond Aron, autor éste de quien no lo separaban muchos años. En la Mesa Redonda de 1945, “Consideraciones sobre la verdad en historia”, <sup>6</sup> resulta evidente su deuda con Ortega y Gasset. Ya para entonces se había beneficiado de lo aprendido en los seminarios de José Gaos sobre Hegel y Heidegger. O’Gorman entonces transitó del pensamiento del primer filósofo de España y quinto de Alemania, al primero de esta nación, entonces beligerante y nazi. En septiembre de 1946 aparece fechado el prólogo de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, cuya

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 197-198.

<sup>5</sup> E. O’Gorman, “Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la ciudad de México”, en *Seis estudios históricos de tema mexicano*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960, pp. 13-40.

<sup>6</sup> Recogida en la revista *Filosofía y Letras*, núm. 20. México, UNAM, 1945. Reproducida en A. Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*. México, SEP, 1974, pp. 32-39.

impresión como libro concluyó el 28 de enero del año siguiente, y que en el ínterin presentó como tesis de maestría. *El ser y el tiempo* en su versión castellana todavía no aparecía,<sup>8</sup> pero O’Gorman ya menciona la traducción de Gaos, además de un libro exegético de A. De Waelehns, traducido por Ramón Ceñal en 1945, como fuentes principales de su nuevo libro, además del sustrato de la obra completa –hasta entonces– de Ortega, de quien en su momento fue don Edmundo devoto lector. Otro autor no citado expresamente en *Crisis y porvenir...* pero definitivamente presente es Nietzsche.

Con esos cimientos, O’Gorman demuele y construye, en sendas partes, dos concepciones de la tarea histórica: la que está en crisis y la que debe advenir.

Leído ese libro a casi medio siglo de su confección es una aventura gratificante, aunque no sé si es un libro o se trata de un manifiesto. Revela toda la pasión de la que era capaz su autor. Parece haber sido escrito de corrido, sin descanso, lo cual no podía ser posible dada la extensión y la enorme dosis conceptual que lo forman. Sin embargo, la intensidad de su prosa es tal, que resulta difícil apartar los ojos de sus páginas, pese a ser un texto de filosofía de la historia. Concebido y realizado cuando O’Gorman rondaba los cuarenta, no es una obra en la cual se haga gala de esa asimilación del pensamiento de un autor al que se ha tratado durante un buen trecho. La relación entre O’Gorman y Heidegger era reciente. Sin embargo, en varios pasajes de la segunda parte del libro se advierte sujeción a los conceptos del alemán, cosa que con los años, en sus clases y conferencias, fue siendo superada por la asimilación que logró de las enseñanzas del existencialista. Cuando fui su alumno de Filosofía de la Historia, veinte años después de publicado el libro, solía repetir en clase la metáfora del martillo, para explicar la toma de conciencia del ser pero ya sin la referencia evidente.

En contraparte, si alguien se acerca a *Crisis y porvenir...* buscando un estudio formal acerca de la obra de Ranke, podrá advertir una definitiva descontextualización de parte de O’Gorman, de la obra del gigante de la historiografía decimonónica. Si bien cita textualmente muchas frases e ideas de Ranke, no hay propiamente alusión alguna al conjunto del pensamiento rankeiano. Más bien, la obra se caracteriza por ser un enorme alegato contra los postulados que hicieron suyos supuestos seguidores de Ranke, que al igual que O’Gorman hicieron caso omiso de su ideario general. Lo importante en ese manifiesto que es *Crisis y porvenir...* es la crítica a la historia erudita, la historia que él llama naturalista y cuya finalidad principal es la erudición mediante la verificabilidad. La historia que ha conducido a los historiadores a ser perfectos habitantes de la Torre de Babel.

A esa idea de Ranke opone O’Gorman lo que obtiene de Heidegger. Caso

<sup>8</sup> La primera edición del Fondo de Cultura Económica es de 1951.

único en el mundo, hasta donde sé, de traducción de la filosofía heideggeriana a la historiografía. O’Gorman buscaba un “genuino conocimiento teórico del pasado” en contraposición a la historiografía científica naturalista “que elabora representaciones que pertenecen al orden de la preocupación práctica”, es decir, la Clío de bronce de Luis González, advertida por Nietzsche. El pangermanismo de Niehbur y de Ranke era el sustrato ideológico agazapado detrás de la aparente verdad científica de la historiografía llamada naturalista; de ahí su razón práctica y la necesidad de ser superada por una historiografía teórica que interrogara por el sentido del ser de las cosas.

### III

En el orden aplicado, esa historiografía fue la hermenéutica que practicó O’Gorman en *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos* y en sus estudios sobre los padres Acosta y Las Casas, y sobre otros historiadores de Indias. O’Gorman, junto con el trágico transterrado Ramón Iglesia, renovó los estudios de historia de la historiografía en México, con una diferencia entre ambos. Mientras que Iglesia buscaba y encontraba al hombre concreto que estaba detrás del texto historiográfico, O’Gorman intentaba la comprensión textual por vía de una hermenéutica de corte diltheyano, plena de rigor y erudición.<sup>9</sup>

Y aquí cabe subrayar que la hermenéutica practicada por don Edmundo no desdeña la alta erudición, sino que la utiliza como herramienta fundamental del trabajo historiográfico. Su oposición a la erudición era a su utilización como fin en sí misma, como si esa parte del quehacer del historiador fuese la totalidad de su trabajo. De ahí el desconcierto de quienes descubren un mal llamado positivismo en el abrumador saber de O’Gorman acerca de un autor, de una época o de un texto historiográfico. Medio y no fin. El fin es la comprensión a la luz de los elementos filosóficos propios de la época que expresaba un autor. La revolución valorativa emprendida por O’Gorman e Iglesia para la historia de la historiografía supera la herencia decimonónica, a lo García Icazbalceta, limitada a señalar el aprovechamiento de fuentes de un autor como característica mayor de su aportación historiográfica. El trabajo hermenéutico de O’Gorman

<sup>9</sup> Volviendo a la cita en la que Walter Mignolo establece la diferencia entre la hermenéutica de O’Gorman y la de Gadamer, creo que se puede aplicar a la distinción entre O’Gorman e Iglesia. Éste era más individualista-voluntarista, mientras que O’Gorman tal vez concebía al sujeto más determinado por elementos inconscientes o ajenos a su voluntad interpretativa. De ahí lo que le señala a Niehbur y Ranke. Predicaban una cosa —la objetividad avalada por los documentos— y expresaban su ideología pangermanista.

enriqueció el análisis historiográfico haciendo recordar a los lectores que una obra no es sólo medio para conocer un tema, sino fin en sí misma, en la medida que es expresión cabal de su tiempo. Historia contemporánea de sí misma, como quería Croce. Al amalgamar la historia de la historiografía con la historia de las ideas abrió un horizonte nuevo. La historia era lo que se había pensado de la historia.

Así, la traducción de la enseñanza filosófica de Heidegger hacia el campo de la historia fue la renovación de la historia de la historiografía al presentarla como un gran repertorio de verdades históricas sucesivas en el tiempo. Relativista, por no creer en una verdad absoluta, se defendía del escepticismo con su vitalismo: el pasado no es algo ajeno al hombre, sino aquéllo que lo constituye. No es *el* pasado sino *nuestro* pasado. Historicista, no podía aceptar sino que ese pasado de nosotros era histórico y no natural, con lo cual su antipositivismo era definitivo, por más buen recuerdo que tuviera de sus entrañables maestros formados por Gabino Barreda. Idealista, el conocimiento de la historia radicaba en la conciencia del sujeto.<sup>10</sup>

Es interesante hacer notar que durante los años cuarentas O’Gorman se procuró a sí mismo un impresionante *aggiornamento* filosófico que lo llevó a esa original operación consistente en trasladarlo a la historiografía. Después de eso, a O’Gorman no le interesó más estar al tanto de las novedades filosóficas, así como detestaba el prurito de estar al día. “Estar al día es sacrificar la imaginación” dice uno de sus aforismos. Volvió, eso sí, y mucho, a la relectura de grandes filósofos de otras épocas e incluso a la traducción —impecable— de algunos de lengua inglesa. Hasta 1967 cada año hizo el largo recorrido que iba de Grecia al siglo XIX, deteniéndose en las grandes cimas. Sus clases sobre san Agustín y sobre los idealistas alemanes eran memorables. Después fue alejándose de los filósofos sin olvidarlos y sin olvidar su propio mester de filosofía con el cual se acercaba a los textos de los historiadores y con el cual predicaba a los más jóvenes que ya no lo alcanzaron en las aulas.

Historiador-filósofo, interrogó a muchos exégetas del pasado y los sometió a riguroso examen, buscando la autenticidad histórica tanto de sus pensamientos como de sus textos. Hoy en día que se pondera tanto la necesidad de *pensar la historia*, aquí, en nuestro medio hubo alguien que lo hizo por más de cincuenta años y enseñó a hacerlo a quienes atendieron su palabra. Proscribir la enseñanza de la filosofía de la historia es darle la espalda y asumir la actitud, en

<sup>10</sup> Sin pretender forzar las ideas de cada uno, puedo postular una importante coincidencia entre O’Gorman y Hayden White. Ver la opinión de este último sobre el relativismo —su relativismo— en “Respuesta a las cuatro preguntas del profesor Charrier” en *Historia y Grafía*. México, Universidad Iberoamericana, núm. 4, año 2, 1995, pp. 322-323.

el mejor de los casos, de un Marcel Bataillon. En el peor, la de aquellos profesores hoy olvidados que defendían la historia sin más.